

La crisis del encuadre clásico y el auge del «encuadre interno»

EDUARDO BRAIER

Asociación Psicoanalítica Argentina
Salvador Espriu, 69/71. 6.º 2.ª. 08005 Barcelona.
c-e: ebraier@telefonica.net

Artículo recibido el 13 de junio de 2020
Aceptado para su publicación el 23 de junio de 2020

RESUMEN

Se exponen algunas reflexiones que devienen de una breve intervención del autor en el reciente *Symposium* de la APM («Encuadre/s», 2019). La intervención sugería la posibilidad de que en el éxito y permanencia del concepto y sobre todo de la denominación *encuadre interno*, surgidos en coincidencia con la caída del encuadre clásico, pudiera en parte influir la necesidad de negar o desestimar la pérdida que ello conlleva, en tanto el encuadre (externo) brinda las condiciones necesarias para la aplicación del método psicoanalítico *stricto sensu*. Más allá de la incuestionable utilidad de los componentes del *encuadre interno* del analista como recursos para afrontar los más variados y desfavorables cambios en el encuadre, el autor considera la posibilidad de que concepto y denominación pudiesen estar operando en cierta medida en algunos psicoanalistas como un «fetiche psíquico» que permita desmentir el desmantelamiento del encuadre clásico y sus consecuencias negativas.

En el trasfondo del problema permanecerían, entre otras cuestiones, la antigua polémica psicoanálisis-psicoterapia y la dificultad de reconocer que la inmensa mayoría de los tratamientos que realizamos los analistas desde hace décadas pudieran ser consideradas psicoterapias psicoanalíticas, no alcanzando a constituir un auténtico proceso psicoanalítico.

Palabras clave:

Encuadre. Encuadre interno. Psicoanálisis. Método psicoanalítico. Psicoterapias psicoanalíticas.

A Horacio Etchegoyen y Mariam Alizade.
In memoriam.

«El dismantelamiento del encuadre externo convencional es una realidad contemporánea que se presenta como hecho en sí y que plantea un desafío a la teoría de la técnica psicoanalítica.»

M. Alizade, *El rigor y el encuadre interno*, 2002

Introducción

Desde hace ya varios años me cabe la satisfacción de ser un invitado habitual al Symposium anual de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. Siempre que he podido, me he desplazado desde Barcelona –donde resido desde 1992– a Madrid para concurrir a este evento; y lo hago muy complacido, ya que me encuentro allí a gusto, acogido por colegas sumamente amables (algunos de los cuales se han convertido ya en entrañables amigos), asistiendo a ponencias interesantes y debates sustanciosos, dentro de los cuales me siento además estimulado a participar desde mi lugar de invitado. Considero cabe poner en valor además el pluralismo científico que caracteriza a la institución y la sólida base freudiana que sustenta su bagaje teórico, hechos estos que celebro especialmente¹.

Así fue como estuve presente en el XXVIII Symposium que, bajo el sugerente título de *Encuadre(s)*, tuvo lugar los días 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2019.

A ello se ha añadido el haber sido nuevamente invitado por colegas responsables de la publicación de la *Revista de Psicoanálisis* de la APM a presentar un artículo, en esta ocasión acerca del tema del Symposium, lo cual me honra y halaga, y cuyo resultado es el presente texto. La propuesta surgió a raíz de una breve intervención mía en el transcurso del Symposium, dado que, según se me ha trasmitido, la misma despertó interés. Por ello decidí tomarla como punto de partida para el desarrollo del artículo. (Ver Apéndice).

La redacción proseguirá recorriendo algunos de los puntos que entiendo se hallan en el trasfondo de la cuestión, y que no es otra que la que atañe a la relación *encuadre externo/encuadre interno*.

1. Son estos los mismos principios que rigen la actividad científica de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), a la cual no en vano sigo perteneciendo, aun viviendo desde hace muchos años en Barcelona.

Intervención

Recuerdo haber pedido la palabra ya sobre el final del evento, en el espacio que habitualmente se abre para las intervenciones de todos los asistentes y que comencé diciendo que el concepto «estrella» del *Symposium* resultó ser el de *encuadre interno*, en cuanto a haber registrado –añado ahora– un *rating* notable. En efecto, fuimos muchos los que nos habíamos referido a él o que al menos lo citamos, por lo que esta denominación había quedado resonando en mí. Dicho de otro modo: me pareció que –y yo no fui la excepción– muchos de nosotros nos llenamos la boca abundando en elogios en torno del así llamado *encuadre interno*; ello había terminado por volver de manera insistente mi atención sobre este tema, que previamente conocía bien, incitándome a la reflexión.

Comenté de inmediato que no debíamos olvidar que en la historia del movimiento psicoanalítico el concepto en cuestión nació algunas décadas atrás, precisamente cuando el encuadre «clásico», al que hasta entonces solíamos recurrir para efectuar nuestra labor terapéutica, en especial con pacientes neuróticos, comenzó a tambalearse (creo que en ese momento pude haber empleado la palabra «derrumbe»), sobre todo a raíz de la incidencia de las crisis económicas y los grandes cambios psicosociales y culturales en las distintas poblaciones, dentro de lo que llamamos «posmodernidad» y acerca de los cuales no me extenderé². Ello desalentó, por diversas razones, la realización de tratamientos intensivos y prolongados; entre otras, como señaló Green, por ser caros y de resultados inciertos (Green, 2000/2012, p. 5); a esto se sumó el cambio de paradigma clínico, dada la proliferación de los trastornos no neuróticos, que desplazaron a las neurosis, lo que también requirió de variaciones en el encuadre clásico. La población de Occidente comenzaba a estar psíquicamente más enferma que antes.

Ya en 1999 A. M. Alizade señalaba la cruda realidad de la práctica psicoanalítica contemporánea, que persiste como tal hasta hoy en día: «En la actualidad, el encuadre tradicional del psicoanálisis tambalea. Los pacientes acuden a la consulta con sus propias reglas, cuyo cumplimiento en gran medida exigen: frecuencia de una o dos veces semanales, menor tiempo de duración del tratamiento. El contrato analítico tradicional de hace cincuenta años (cuatro veces por semana en diván por tiempo indefinido) ha perdido vigencia. Los jóvenes ya no se analizan espontáneamente aceptando un encuadre externo sugerido por el analista, ni pagan sus honorarios cuando

2. Recientemente S. Bolognini (2020) ha ahondado en estos cambios con notable sagacidad psicoanalítica, abordando expresamente la época actual.

se van de vacaciones, y cuestionan las interpretaciones transferenciales desmedidas que hicieran furor otrora: «Usted ahora, conmigo»... Las demandas se presentan atípicas. Este hecho se debe también a que el psicoanálisis aborda patologías fuera del marco de la neurosis tales como patologías *borderline*, psicosis, enfermedades psicosomáticas, etc.» (Alizade, 1999).

Sitúo los comienzos de esta crisis a nivel internacional por lo menos a comienzos de los años 90 del siglo pasado (o incluso un poco antes), en cuyo caso habrían transcurrido ya no menos de treinta años.

Si bien el concepto y el término *encuadre* es de antigua data en psicoanálisis, el conocido como *encuadre interno* tiene en cambio un origen mucho más reciente. Empezó a cobrar fuerza y difusión precisamente, como hemos mencionado, en la década de los noventa, cuando fueron surgiendo aportes de distintos autores sobre el tema, siempre en manifiesta relación con la caída del encuadre clásico. El acertado título de una publicación de la época lo dice todo: *Cuando el encuadre no cuadra* (Ferrando *et al.*, 1992).

Pido ahora al lector un pequeño esfuerzo para situarnos en el contexto de la reunión del Symposium en la que nos encontrábamos. Cuento con que podía entonces sobrentenderse que, cuando me refería al desmantelamiento del encuadre clásico, estaba yo aludiendo en especial, aunque no exclusivamente, a las condiciones *temporales* (sobre todo a la frecuencia de las sesiones) y *espaciales* (posición física del paciente), las que integran el *marco* del mismo, del cual nos habló Bleger (1967) en su muy conocido y pionero trabajo sobre el tema, y que a mi entender conciernen también a lo que Green (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 28) llamaría después el *estuche*, incluyendo en este «todas las disposiciones materiales y formales del encuadre».

A través del presente artículo dispongo de una oportunidad para ampliar la que forzosamente hubo de ser, dadas las circunstancias, una breve intervención oral. Con esta finalidad intercalaré algunas fundamentaciones, aclaraciones y también presunciones, que he juzgado convenientes y oportunas.

Recapitulemos: los citados factores, económicos, psicosociales y culturales, al afectar globalmente a muchos de los países en lo que se practica el psicoanálisis, hicieron que los componentes del *encuadre* que acabo de mencionar debieran sufrir variantes que modificaron y alteraron sensiblemente el ejercicio de nuestra labor terapéutica y por ende el desarrollo del *proceso psicoanalítico*³. Como sabemos, se trata sobre todo de una re-

3. Las variaciones adoptadas para el tratamiento de los trastornos no neuróticos (asunto al que no podré referirme en este trabajo y cuyo abordaje he de reservar para otra ocasión) son una excepción, ya que en cambio obedecieron a decisiones voluntarias y estratégicas de nuestra parte.

ducción, no pocas veces considerable, del número de sesiones semanales de cada tratamiento (y eventualmente de la duración total de este), lo que con cierta asiduidad también condicionó cambios en la posición corporal del paciente que, de recostado en el diván, pasó a situarse «cara a cara».

Hemos tenido que ir adaptándonos a tales modificaciones, las que trajeron, como una de sus consecuencias más lamentadas, a menudo una renuncia -mientras estuvieran indicadas clínicamente- a la realización de terapias cercanas al modelo de la llamada «cura tipo». Y es esta última, de más está decirlo, nuestra predilecta en cuanto a los objetivos a que aspiramos con el método psicoanalítico, tanto terapéuticos como investigativos del psiquismo y de la propia relación analítica.

¿Un duelo no elaborado?

Hablo, pues, de lo que estimo constituye una verdadera pérdida para todos nosotros. Un auténtico *duelo*, sin darle más vueltas.

A todo esto, desde nuestra experiencia del análisis personal y a lo largo de nuestra formación teórica, los analistas nos hemos venido preparando largamente para esta *praxis* de cuño freudiano con los pacientes neuróticos (la que fue experimentando, eso sí, diversos cambios y agregados a lo largo del tiempo y de acuerdo con el marco referencial teórico de cada analista). Ciertamente muchos de nosotros hemos tenido y aún tenemos ocasiones de ejercerla (y no solo cuando se trata del análisis didáctico). Pero a partir de la caída del encuadre tradicional y hasta el momento, los viejos buenos tiempos jamás retornaron.

Desde luego, las generaciones más jóvenes de analistas no han experimentado en carne propia esta verdadera «crisis del encuadre psicoanalítico», como entiendo que cabría llamarla. Simplemente, se encontraron con la situación y se ajustaron a las reglas del juego que la misma impuso; eso sí, una buena proporción de ellos probablemente lo hicieron -y lo siguen haciendo- como pueden; porque, ¿cómo conciliar las enseñanzas recibidas para la aplicación de la cura-tipo, con las limitaciones operativas surgidas para llevar a cabo tal cometido, provocadas por esta realidad inevitable? Se produce aquí un marcado desajuste, a menos que se logre acceder al conocimiento de procedimientos psicoterapéuticos de raigambre psicoanalítica que se adapten mejor a las actuales condiciones del *encuadre*. Volveremos sobre ello.

Comenzaba a plantearse, pues, como lo dice Alizade (2002c, pp. 15-16) en el epígrafe del presente trabajo, «... un desafío a la teoría de la técnica psicoanalítica».

En el Symposium me atreví a interrogarme interiormente acerca de la posibilidad de que, dentro del movimiento psicoanalítico, aún no hubiéramos logrado elaborar suficientemente el duelo por el encuadre perdido y sus consecuencias sobre nuestra labor terapéutica, vale decir, terminado de aceptar esta pérdida y de adecuar más nuestra técnica a las condiciones con las que nos enfrentamos en la clínica psicoanalítica contemporánea.

Concomitantemente pensé que la noción de *encuadre interno* no solo habría nacido coincidiendo con la caída del encuadre, cobrando a partir de entonces una creciente dimensión, sino que atiné a atisbar que incluso la denominación con la que el concepto fuera bautizado pudiera provenir directamente de dicha pérdida, así como la adopción prácticamente unánime de tal denominación y el hecho de que además continuáramos empleándola invariablemente en lugar de cualquier otra, sin admitir por lo común siquiera sinónimo o equivalente alguno.

Ya se sabe que participar de un encuentro científico puede ser una excelente oportunidad para reflexionar e intercambiar ideas acerca de los temas que nos convocan, por lo que me animaría a pensar que lo que vivencié y creí comprender en ese instante, esté o no en lo cierto, quizás no hubiese sucedido de no encontrarme viviendo una experiencia de esta naturaleza. Indudablemente, su dinámica me estimuló a reflotar los interrogantes que por lo visto habían permanecido hasta entonces en mi preconsciente.

Intentaré seguir recreando lo que fue mi intervención en el Symposium. Atento a mis ocurrencias espontáneas (una suerte de deformación profesional, pero útil al fin y que supongo corriente entre los psicoanalistas), surgidas a punto de partida de la designación «encuadre interno», capturé, sin desecharla, una frase que me vino a la mente en esos momentos y que, sin tampoco pensarlo dos veces (esto no siempre acaba bien, ya se sabe) decidí acto seguido incluir en mi intervención, quizás también como una suerte de humorada: «Siempre nos quedará París». Dicha frase, originaria de la recordada película «Casablanca» (M. Curtiz, 1942), adquirió en nuestra cultura occidental el significado de un consuelo y un recurso para evadir o mitigar las desventuras, en especial las pérdidas dolorosas. Ante la evidencia de que se nos desarmó el *encuadre*, a modo de un parafraseo metafórico, se traduciría en algo así como: «Siempre nos quedará... el *encuadre interno*».

Pero con ello la realidad exterior no se habrá modificado, desde luego, y las condiciones reales y adversas del *encuadre* seguirán allí.

Continúo aludiendo, claro está, sobre todo al tratamiento de las neurosis (y, añadiría ahora, a anomalías del carácter de naturaleza neurótica), ante un encuadre que no reúne las condiciones necesarias para un adecuado desarrollo del proceso psicoanalítico.

Si continuamos con el modelo del duelo para explicarnos lo que nos viene sucediendo, entiendo que hay algo esencial que nos faltaría para poder concluir que lo estamos superando adecuada y suficientemente: en la elaboración de todo duelo es necesario desinvertir de manera gradual al objeto perdido, el que, introyección e identificación mediante, finalmente quedará como un acervo en nuestro psiquismo, mientras paralelamente vamos logrando relacionarnos con otro objeto al que logramos invertir, también de manera paulatina. Pero ocurre que, a mi parecer, no hemos podido todavía retirar del objeto perdido buena parte de nuestra investidura libidinal, para así poder invertir un nuevo objeto. ¿A qué me estoy refiriendo? A las consolidadas teorías que sustentan nuestro proceder técnico y que en esta analogía ocupan el lugar del objeto perdido, anudadas al encuadre tradicional perdido, dada la directa relación entre teoría de la técnica y encuadre. En la clínica estas teorías (de la transferencia, de las resistencias, etc.) son un referente fundamental; las hemos internalizado y estamos identificados con ellas. Tenemos oportunidad de valorarlas en toda su dimensión cuando logramos encauzar un verdadero proceso psicoanalítico, pero no nos son suficientes para afrontar los nuevos desafíos, en tanto su aplicación a ultranza en estas circunstancias no es fácil, o incluso puede ser directamente imposible. No pocas veces intentamos implantarlas y aplicarlas, vanamente, en una traspolación acrítica, dentro de un contexto que no se presta para ello.

Creo que aún seguimos demasiado ligados a estos modelos. Hace falta una revisión a fondo de las técnicas que estamos empleando con las neurosis y las caracteropatías neuróticas y considerar la posibilidad de asumir propuestas provenientes del ámbito de las psicoterapias psicoanalíticas, que se hallan íntimamente emparentadas, claro está, con las teorías-pilares del método psicoanalítico y las tienen permanentemente en cuenta, pero que se ajustan más a los cambios experimentados en el *encuadre*. Desde esta perspectiva, hemos de cuestionarnos y replantearnos asuntos tan fundamentales como las pautas de la comunicación con el paciente, con las posibles limitaciones del empleo de la libre asociación, así como la regresión, el análisis de la transferencia, las interpretaciones de las transferencias «laterales», el análisis de las resistencias, la neutralidad, el *insight*, la reelaboración, la necesidad de una mayor cantidad de intervenciones no interpretativas, de apuntalamiento, etc. etc., puesto que todo esto en el proceso terapéutico que entonces tiene lugar cambia radicalmente cuando no contamos, por ejemplo, con un número suficiente de sesiones semanales.

Nos encontramos, pues, ante grandes temas propios de nuestra labor terapéutica, cuya revisión requeriría un apartado especial y que aquí no podremos introducir.

Estos diferentes modelos para una teoría de la técnica, sobre los que existen desde hace tiempo importantes contribuciones en la literatura psicoanalítica, si bien pueden ser siempre cuestionados, renovados o complementados, representarían en principio los «nuevos» objetos a investir cuando estas modificaciones en el contexto son la regla, como sucede desde hace ya bastantes años.

En suma, creo que todavía no apelamos lo suficiente a modelos teóricos de estas psicoterapias psicoanalíticas que no configuran la cura clásica. A los ya existentes, con frecuencia los ignoramos; es corriente que ni siquiera se hable de ello, como si nada hubiese cambiado. Y es asimismo probable que aún no sean pocos los profesionales que, aun frente a tratamientos muy limitados en sus alcances por la falta de continuidad y de un mayor trabajo terapéutico, sigan intentando manejarse conceptualmente con los elementos que conforman la teoría de la técnica habitual, lo que se ve reflejado en nuestras producciones científicas, supervisiones, etcétera.

Quiero aclarar que excluyo de esta reflexión los notables avances metapsicológicos acontecidos en la clínica y la técnica que conciernen a los trastornos narcisistas no psicóticos, como prefiero llamar a los no neuróticos (análisis del trauma precoz, de lo irrepresentable, de la compulsión de repetición más allá del principio de placer, de la pulsión de muerte y sus efectos, del vacío, el déficit identificatorio, los trastornos del pensamiento, la escisión del yo, las defensas primitivas, los emergentes de la regresión profunda en el proceso terapéutico, etc.). Estos progresos han significado haber encontrado o creado *un nuevo objeto* para seguir adelante; nos hemos abocado decididamente a ello. El tratamiento de los casos límites, por nombrar solo un ejemplo, es de hecho *otro* psicoanálisis, muy distinto del tradicional de las neurosis.

Es cierto que ante las comúnmente desventajosas situaciones en la que nos toca ejercer nuestra labor terapéutica, el llamado *encuadre interno* del analista acude en nuestro auxilio para que no perdamos el rumbo, para posicionarnos; pero ello no alcanza, a mi modo de ver. Hay que hacer algo más.

En cuanto a la conservación de la palabra *encuadre* (interno) en lo que sería una tentativa de sustitución que observamos ante la pérdida del encuadre «externo»: siguiendo con la analogía del duelo, salvando las consabidas diferencias y esperando que nadie tome a mal mi ocurrencia, la situación recuerda en algo lo que sucede cuando, pongamos por caso, a continuación de la pérdida de un animal doméstico muy querido y valorado, quien hasta entonces fuera su amo intenta sustituirlo prontamente por otro, para así poder negar dicha pérdida, sin darse tiempo ni espacio psíquico para «duelarlo»; y no solo eso, sino que además decide asignarle... el mismo nombre del antecesor. Sería también aquello de: «A rey muerto, rey puesto».

Encuadre (externo) y encuadre interno

Haré unas breves referencias al *encuadre* en psicoanálisis, dando por sentado que conocemos y compartimos los aspectos esenciales del mismo, para luego poder centrarnos en la noción de *encuadre interno*.

La palabra *encuadre*, tal como ha sido señalado por diversos autores, no figura en el Diccionario de la Real Academia Española. Tampoco Freud empleó un vocablo específico al respecto. Sin embargo, este término nomina un concepto que viene de lejos en la teoría de la técnica psicoanalítica. En psicoanálisis se refiere, he de reiterarlo, a una serie de condiciones (que se pretenden constantes y estables, aunque pasibles de ser modificadas si las circunstancias así lo requieren) que resultan necesarias para la instauración y desarrollo apropiado del proceso psicoanalítico.

Hay, por lo tanto, una relación directa entre proceso y encuadre, en la que este último término sugiere antes que nada (me vienen a la mente encuadrar, enmarcar, vocablos preexistentes al de encuadre) la idea de un marco espaciotemporal dentro del cual tiene lugar el proceso, tal como lo señala R. H. Etchegoyen en su conocido libro *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (1986/2009)⁴.

La versión clásica del encuadre se basa en las sugerencias de Freud expuestas en algunos de sus trabajos sobre técnica (Freud, 1912/1980 a; 1913/1980 b).

Green (Green y Urribarri, 2013/2015b, p.110) comenta que el concepto de encuadre se debe en gran parte a autores argentinos, empezando por José Bleger (1967), aunque yo también incluiría a J. Zac (1971) y a R. Horacio Etchegoyen (1986/2009).

Son componentes esenciales del encuadre detalles tan objetivos como: el empleo de la regla de libre asociación, la frecuencia (en lo posible suficiente y estable) y duración de las sesiones, el uso -o no- del diván, la neutralidad técnica, horarios, honorarios, feriados, vacaciones, etcétera.

A veces nos referimos al encuadre llamándole también *setting*, si bien el término inglés, cuyo empleo nos viene fundamentalmente de Winnicott (1964/1993), al decir de Avenburg (2004, p. 29) sugiere ante todo el ambiente o escenario en el que se efectúa el tratamiento psicoanalítico, por lo que, de ser así, no daría total cuenta de todos los componentes del encuadre.

4. Como es sabido, esta obra se ha convertido, desde su aparición en 1986, en una indispensable referencia acerca de la técnica psicoanalítica. La tercera edición, corregida y aumentada, es de 2009, por lo que recoge aportes surgidos más recientemente y es a la que he acudido en la redacción de este artículo.

Concuerdo con lo que expresa también Etchegoyen (1986/2009, p. 585): «... el proceso *inspira* el encuadre, pero no lo debe determinar» (cursivas del autor).

Lo deseable es, en efecto, que el proceso esté por delante del encuadre y, como dice, Etchegoyen, lo inspire; si es posible, agregaría yo, que se lo pueda definir en cuanto a sus componentes. He aquí el encuadre al servicio del proceso. El problema se nos presenta, como venimos señalando, sobre todo en lo que atañe a la frecuencia de las sesiones, cuando no está en nuestras manos poder diseñarlo y convenirlo satisfactoriamente con el paciente, sino que se nos impone como consecuencia de una limitación insuperable y proveniente del exterior (del paciente y/o de la realidad externa), en este caso consistente en que el número de sesiones habrá de ser bajo (dos o una por semana, por ejemplo), cuando inicialmente se aspiraba a realizar un análisis «clásico». Sucede entonces al revés: es el encuadre el que se pone por delante del proceso, condicionando la naturaleza de este, vale decir el tipo de proceso psicoterapéutico que habrá de tener lugar. No obstante, siempre podremos ser eficaces y ayudar terapéuticamente al paciente, pero por lo general los procesos terapéuticos en uno y otro caso tendrán distintas características, profundidad y alcances, diferencias que a veces tratamos de soslayar o evitar, y que a menudo son las que van desde un auténtico proceso psicoanalítico (método psicoanalítico) a un proceso psicoterapéutico (psicoterapia psicoanalítica).

A todo esto, ya es tiempo de preguntarnos: en realidad, ¿qué entendemos por *encuadre interno*? Son varios los autores que han escrito sobre el mismo, y si bien no existe una coincidencia absoluta entre ellos, encontramos algunos puntos esenciales de convergencia.

Entre los que más han contribuido al estudio y difusión del tema se encuentran André Green y Alcira Mariam Alizade. Me centraré por esto en las aportaciones de los dos, pero además por valorar mucho el pensamiento de ambos y estar familiarizado con la lectura de sus obras. De hecho, considero que en buena medida ellos integran mi «familia de pensamiento», como diría el propio Green (2002/2010).

Ambos autores vinculan el concepto especialmente con: el análisis del analista⁵, como vemos en Green y Urribarri (2002/2012, p. 38) y Green y Urribarri (2013/2015c, p. 147), así como en Alizade, (2002 b; 2002c, p. 13)

5. En este punto cabe recordar que el primer analista que se analizó fue Ferenczi, y lo hizo con Freud, así como el húngaro ha sido también el primero en insistir repetidas veces acerca de la importancia fundamental de un buen análisis del analista, suficientemente prolongado, para poder abordar con éxito los tratamientos de sus pacientes. El análisis del analista constituía para él la segunda regla fundamental del psicoanálisis.

y con el autoanálisis (Alizade, 1999; 2002a), particularmente el de la contra-transferencia, a lo que suman: el reanálisis del analista (Alizade, 1999), las experiencias clínicas (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 38) y hasta las experiencias de la propia existencia (Alizade, 2002a). Pero aún se incluyen más propiedades o aptitudes del analista: Green agrega la capacidad de identificarse con «otros» (se refiere, claro está, a los pacientes), particularmente con quienes presentan estructuras psíquicas muy diferentes de las suyas (Green y Urribarri, 2002/2012, pp. 38-39). Alizade añade todavía ciertas condiciones personales del analista, tales como el talento clínico, la salud mental y la vocación analítica, así como la permeabilidad a su propio inconsciente y al del paciente (Alizade, 2002a); en otro de sus artículos sobre el tema (Alizade, 2002b, p. 13) incorpora «el despliegue de la creatividad en el arte de curar». También había mencionado la creatividad y la espontaneidad (2002 a), así como la escucha «con el tercer oído», con lo que aludía al aporte de Reik (1926/1987, p. 26), recordándonos esta última propiedad en 2009. En este último trabajo citado introduce además «... la capacidad de empatía, la permeabilidad del analista a su propio inconsciente y al del paciente, la transmisión e interacción entre inconscientes». Ella había llegado aun a incluir la instauración de la asociación libre y la atención flotante (Alizade, 1999; 2002a; 2002b, p. 13), así como la regla de abstinencia (Alizade, 2002b, p. 13; 2009), cuando en realidad, entiendo yo, estas tres reglas pueden ser consideradas como parte integrante del encuadre clásico; al mismo tiempo, las dos últimas son directamente vinculables con la neutralidad técnica, como lo propuse en un trabajo del que soy autor (Braier, 1990 d, pp. 174- 175), la cual a su vez se alinea también dentro del encuadre «externo». A ello Alizade todavía le suma, acudiendo a Bleger (1967), el rol del analista (Alizade, 2009).

Ya puestos a completar este amplísimo abanico de recursos, y sumándome a las descripciones de otros autores, no deberían faltar: el marco referencial teórico de cada analista (su formación teórica) y sus experiencias de supervisión.

André Green se ha referido al concepto de *encuadre interno* en diversas oportunidades, algunas de las cuales hemos ido citando, pero con otras aún no lo hemos hecho (véanse por ejemplo Green, 2000; 2011; Green y Urribarri, 2002/2012, pp. 36-39). Dentro del concepto, como acabamos de mencionar, el gran maestro de París destaca expresamente el análisis del analista y la experiencia con sus pacientes y lo vincula con lo que él denomina la noción de «estructura encuadrante» (*ibid.*, p. 38). Resulta pertinente consignar aquí que el análisis personal, comenta Green, le ha permitido al analista vivir «... la experiencia de un encuadre “externo” realizado, efectivo, con su propio analista» (*ibid.*, p. 38).

Green resalta además la importancia del encuadre interno en el caso particular del tratamiento de los pacientes no neuróticos (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 38 y Green y Urribarri, 2013/2015a, p. 77). Y algo más, que viene al caso: a mi entender expresa clara y fundadamente la íntima relación entre el desmantelamiento del encuadre externo y el surgimiento del interno, cuando, con todas las letras, sostiene: «... El *encuadre* no era viable para un gran número de pacientes. Cuando este no funciona puede decirse que el *encuadre* ya no es un concepto compartido entre el paciente y el analista. El encuadre deviene una *noción interna al analista*» (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 37; cursivas mías).

O cuando, con un significado muy cercano, a la vez que complementario de la frase anterior, nos dice, pocas líneas más adelante: «... cuanto menos funciona el *encuadre clásico*, más me veo llevado a pensar que la unidad del campo psicoanalítico no puede situarse sino en el propio analista, en su *pensamiento clínico*»⁶ (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 38, cursivas mías).

Con excepción del aporte de Donnet a la noción de *encuadre interno*, que parece haber sido quien, en un trabajo de 1973, la introdujo y bautizó con este nombre, Alcira Mariam Alizade figura entre los primeros autores que se ocuparon del tema, lo que la convierte en una de las pioneras en el mismo. Ya en 1982 había escrito un trabajo inédito, «El encuadre interno», que es, por lo tanto, muy anterior a las contribuciones de otros sobre el particular, habiendo publicado luego –siempre con referencia al mismo tema– varios artículos, a los que en parte he ido citando, el primero de los cuales es de 1997 (Alizade, 1997; 1999; 2002a; 2002b; 2009)⁷.

A todo esto, como hemos podido comprobar en esta somera revisión, la noción de *encuadre interno* parecería comprenderlo... ¡todo!, o casi todo lo que puede llegar a atesorar un analista como patrimonio profesional e intangible. Lo cierto es que abarca una suma considerable de componentes, un conjunto que podríamos llamar de muchas otras mane-

6. Pensamiento clínico: entiendo que en las ideas greeneanas equivale en cierta medida a decir encuadre interno, término y concepto que, como vemos, habían sido adoptados por Green. El pensamiento clínico aquí mencionado correspondería, pues, a ese equipamiento interno del analista que se ha dado en llamar encuadre interno en buena parte de la actual literatura psicoanalítica.

7. Tuve ocasión de escuchar personalmente una conferencia de Alizade acerca de sus aportaciones sobre el tema en el primer encuentro conjunto de la Sociedad Psicoanalítica de París (de la que Green era miembro) con la Asociación Psicoanalítica Argentina, realizado en París en 2002 y destinado enteramente al tema del encuadre. Alcira Mariam Alizade, fallecida en 2013, Mariam para los amigos, fue una psicoanalista dotada de un pensamiento original y creativo y de una notable productividad, además de verdadero artífice del COWAP, el Comité de Mujeres y Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), consagrado al análisis de las problemáticas del género y la sexualidad y del que fue presidenta desde 1998 a 2005.

ras. Quizás para Green – tal como hemos señalado en la nota 7– lo que él denominó *el pensamiento clínico* fuera un sinónimo. La propia Alizade, para explicarlo, se refiere al *encuadre interno* de diversas formas: «lo que hay que tener» para ser un buen analista (Alizade, 1999); «un basamento teórico-vivencial» (1999), «la organización psíquica del analista en acto», «un dispositivo de trabajo incorporado a la mente del analista» (Alizade, 2002 b, p. 13), «un conjunto de propiedades psíquicas» (Alizade, 2002 a), etc., aunque no deja de llamarle *encuadre interno*. De hecho, es esta denominación la que, reitero, ha perdurado, como si nos hubiéramos puesto implícitamente de acuerdo en ello. Y no hay duda de que, «en las malas», alivia echar mano tanto de la noción como de su denominación. Nos devuelve o confiere la necesaria sensación de tranquilidad, autoconfianza y solvencia. Nos insta además a recurrir al autoanálisis, al de la contratransferencia en particular, a los conocimientos psicoanalíticos almacenados a lo largo de los años y a nuestras diversas experiencias, profesionales y vitales. Contribuye a que, pese a todo, logremos acomodarnos y posicionarnos *psicoanalíticamente* de algún modo ante la situación, por difícil que parezca, con los elementos que podamos contar; a no perder la perspectiva de operar terapéuticamente. A no hundirnos en la impotencia o el caos.

Hace pocos años yo mismo había destacado que sin duda este equipamiento interno del analista le ha de servir «para saber dónde está parado», toda vez que estuviera a punto de perder la brújula psicoanalítica frente a un encuadre atípico o inadecuado (Braier, 2016, p. 16).

En definitiva, ¿quién puede negar la importancia de estos atributos y recursos del analista para llevar a cabo su labor terapéutica? Ello sería absurdo.

Por supuesto, no se trata de eso, del valor de los múltiples contenidos que los distintos autores le han adjudicado al así llamado *encuadre interno*. Solo pretendo continuar efectuando algunas conjeturas en torno a dicha denominación, a ciertos motivos a los que la misma podría responder y encerrar en relación con las circunstancias en las que emergió.

Como vengo diciendo, me he permitido preguntarme: ¿qué hace que este conglomerado de experiencias capacitadoras, que incluye, como es de esperar el fundamental trípode formativo y aun lo rebasa sobradamente, haya sido nominado con el término *encuadre* (interno), y acto seguido este se haya impuesto y persista inamovible a lo largo de los años? Y vinculado a ello, ¿qué relación hay entre el término en cuestión y este amplio arsenal de recursos del analista, con, por ejemplo, las condiciones

témpero-espaciales del encuadre propiamente dicho, desde que estas se tornaron francamente limitadas?

Intentaré profundizar algo más en ello.

El *encuadre* es, por definición, *externo*. ¿Qué significa esto? Que desde que comenzó a emplearse en psicoanálisis, constituye una noción que hace referencia a componentes esencialmente formales de la situación psicoanalítica (aunque no exclusivamente), en especial a lo que *encuadra* o enmarca en el tiempo y en el espacio al proceso psicoanalítico. Bleger (1967, p. 241) lo define como «...las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso.»

Su naturaleza es, básicamente, del orden de lo objetivo y ostensible, rigiendo para ambos miembros de la situación analítica, analizando y analista, previo contrato o convenio entre ambos, a su vez claramente explicitado. Es tan concreto y objetivable como lo son, precisamente, la frecuencia y duración de las sesiones o la posición del analizando, recostado en el diván o en posición cara a cara.

Etchegoyen (1986/2009, pp. 589-590) lo dice con meridiana claridad: «El encuadre es, pues, *un hecho objetivo* que el analista propone (en el contrato) y que el analizado irá recubriendo con sus fantasías» (cursivas mías).

El *encuadre* es por ello, diría yo, además, como el tratamiento psicoanalítico mismo, *cosa de dos*.

En cambio, el llamado *encuadre interno* –el calificativo «interno» ya lo anuncia– es intrapsíquico; alude a algo abstracto, subjetivo, que el analista alberga en su mente. Está dado por su acervo personal. Es, por tanto, unipersonal, *pertenece solo al analista*. Como anticipé, lo ha dicho ya Green de algún modo (Green y Urribarri, 2002/2012, p. 37). En mi opinión, se trata de otra cosa, no de un *encuadre*. Insisto en ello: el *encuadre* por definición es en su base, aunque no exclusivamente, *externo*. El *encuadre interno* no comprende las condiciones témpero-espaciales del tratamiento, claro está, pero las alteraciones de estas parecen haber contribuido a generar y/o desarrollar el concepto y su denominación. De lo que se trata, pues, es que *encuadre* (a secas) y *encuadre interno* son dos cosas bastante distintas. Ya sé que a ello se me puede responder que la denominación *encuadre interno* se estaría aquí utilizando con un obvio sentido figurado antes que literal, pero ¿por qué se ha elegido y sostenido a lo largo del tiempo –y de modo casi exclusivo y excluyente– el vocablo *encuadre*? Esa es la cuestión. (Desde luego, me hubiese gustado saber qué pensaría Etchegoyen al respecto, dada una de las definiciones que realiza del encuadre y que

es la que acabo de reproducir, además del rigor científico que siempre lo caracterizó)⁸.

Continúo pensando que la denominación tendría, además, como antes sugerí, *un carácter defensivo*, en el sentido de que con la misma acaso pretenderíamos aún obturar, al tiempo que compensar o desestimar lo perdido, sobre todo ante la pérdida inexorable de, repito, una suficiente frecuencia de las sesiones. «Siempre nos quedará el *encuadre interno*. Nada ni nadie nos lo podrá arrebatar». Agreguemos: y justamente por eso, por ser *interno*, el perfecto antónimo de lo real-concreto. Vaya un encuadre por otro... Con la misma palabra, *encuadre (interno)*, se sustituye al *encuadre* propiamente dicho, en plena caída de este, o intentamos una salida o compensación ante la adversidad. ¿No lo dice acaso de algún modo la propia Alizade? Comenta ella:

«El paciente puede cuestionar el encuadre externo: “pelear” los honorarios, negarse a tomar muchas sesiones semanales, exigir cambios de horarios, etc. Lo que no puede –he aquí el territorio soberano del psicoanálisis– es sustraerse al impacto, a los efectos y a la puesta en juego del *encuadre interno*, que mueve sutiles engranajes metapsicológicos y objetivos» (Alizade, 2002a, cursivas mías).

Pero sucede que lo que poseo, si bien es muy valioso y aun imprescindible para lo que pretendo realizar, al no ser propiamente el encuadre, en la práctica puede contrarrestar la falta, pero no la suprime; en definitiva, no la reemplaza. No es posible reemplazar lo irremplazable. Pensemos, por ejemplo, en la función continente del encuadre formal (el *setting* de Winnicott), fundada en los componentes temporales y espaciales de este, en la consecuente presencia del analista, en la asiduidad y estabilidad de su escucha activa y de sus intervenciones verbales. Toda esta contundente realidad no tiene equivalente o sustitución posible desde el mundo interior del analista, si bien este, consciente de ello, puede obrar en consecuencia, poniendo en funcionamiento diversos recursos e intervenciones

8. Etchegoyen, abundantemente mencionado en el presente trabajo a propósito de sus aportaciones acerca del encuadre, fue un profundo conocedor de las teorías psicoanalíticas, un docente excepcional y un hombre íntegro, que me honró con su amistad. Unas de sus mayores contribuciones son, sin duda, sus minuciosos estudios acerca de la teoría de la técnica psicoanalítica, por lo que lo he tenido muy presente al redactar este artículo (aunque no siempre haya necesariamente coincidido con él; mi posición acerca de, por ejemplo, el papel de la sugestión en la transferencia y por extensión en el proceso psicoanalítico, difiere en mucho de la sustentada por mi compatriota). Me cabe asimismo la satisfacción y el honor de haber sido el encargado de redactar el prólogo de un libro gestado por él y su grupo en torno al tango rioplatense (Etchegoyen *et al.*, 2016). Deseo expresar aquí mi especial reconocimiento y cariño por su persona. Ha dejado en mí un ejemplo y un recuerdo imborrables.

que le parezcan necesarias en tales casos. O proponiendo además el uso complementario de psicofármacos, por ejemplo.

Alizade pone el acento en nuestras reservas como analistas, en *lo que tenemos* o en «lo que hay que tener», como ella misma dice. Me parece que ello es una parte incuestionable de la realidad, pero a mí me toca hoy hacer hincapié en *lo que hemos perdido*, hecho igualmente indubitable; pérdida que acaso sea necesario seguir elaborando para salir adelante con miras a lograr mejores resultados en el campo de la clínica psicoanalítica. Ambas cosas son ciertas.

Llegados a este punto, debo decir que antes que yo, ha sido la propia Alizade quien, según ella misma escribe, en momentos en que el término «encuadre interno» ya circulaba mucho en la comunidad psicoanalítica y al ocuparse de conceptualizarlo, se ha preguntado: «¿El hincapié en el encuadre interno es en parte un *comodín* práctico para salir del paso al desmantelamiento del rigor del encuadre tradicional?» (Alizade, 2002b, p. 13, cursivas mías). Mariam se responderá enseguida que no, que no es un comodín, que el «encuadre interno» constituye ante todo un dispositivo de trabajo que se haya en la mente del analista.

En un trabajo ulterior (Alizade, 2009), comentará que en la noción del encuadre (clásico) se formalizaba demasiado «el aspecto externo» (horarios, honorarios, frecuencia de las sesiones, diván, etc.). Al asumir esta postura (y aunque haya mucho de cierto en ella en no pocos casos), yo querría suponer que Mariam no habría sido presa del criterio que asimila inexorablemente la noción de encuadre externo (o propiamente dicho, apostillaría yo) a una posición rígida y por tanto conducente a una ritualidad limitante y empobrecedora, como lo sería pretender imponer un encuadre clásico, con la exigencia intransigente de una cierta frecuencia de las sesiones (lo que en ciertas épocas y lugares era en efecto lo que solía suceder), para, por el contrario, encontrar en la noción de *encuadre interno* la flexibilidad y creatividad, tan deseadas como necesarias de ser salvaguardadas para la labor analítica.

En suma, yo diría que el término *encuadre interno* no debería ser empleado, como dice Alizade, como un «comodín», pero que probablemente en más de una ocasión así sea (y no sin consecuencias, que ya seguiremos revisando poco más adelante cuáles pueden llegar a ser).

Fetichismo psíquico, símbolo mnémico, ensalmo y deslumbramiento

Vislumbro entonces que, en determinadas circunstancias, la noción y la denominación *encuadre interno* pudieran operar, si se me permite

el término (Alizade empleó el de «comodín»), como un *fetiché psíquico*. Green (2000/2012, p. 8) habla precisamente de «teoría fetiché» o «fetiché teórico», refiriéndose a un accesorio que a veces creamos los psicoanalistas para eludir ciertos obstáculos que se nos presentan⁹. Tal fetiché serviría para desmentir una realidad desfavorable y displacentera, con lo que se evitaría una revisión profunda de la misma, que debería incluir, como antes dije, la de los procesos psicoterapéuticos que entonces tienen lugar, a mi modo de ver no equiparables a los del método analítico.

Pero a la vez, la denominación *–encuadre interno–* no dejaría de ser y representar una huella, marca o resabio de la pérdida, a la cual simultáneamente pone al descubierto, al nombrar y por ende recordarnos lo que hemos perdido. Por ello mismo cabe rememorar, salvando las diferencias, el concepto de *símbolo mnémico* del que nos hablaba Freud ya desde algunos de sus primeros trabajos (Freud, 1894/1981, p. 51), cuando se refería al síntoma neurótico con relación al trauma, al que el síntoma remitiría; solo que en este caso se trataría más bien de un duelo. De haber algo de todo esto, la palabra «encuadre» (cuando va acompañada del adjetivo «interno» me refiero) sería asimismo una suerte de *palabra-síntoma*, que en parte encubriría y por otra desvelaría y conmemoraría lo perdido.

Si se me permite, avanzaré un poco más por esta delicada y arriesgada senda, dado lo espinoso del asunto.

En su artículo «Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)», sorprendente porque siendo un trabajo preanalítico asaz temprano en su producción, anticipa sin embargo una serie considerable de importantes ideas de rigurosa actualidad, Freud (1890/1982, p. 115) nos hablaba del *poder ensalmador* de las palabras, en especial cuando provienen del médico: «El lego hallará difícil concebir que unas perturbaciones patológicas del cuerpo y del alma puedan eliminarse mediante «meras» palabras del médico. Pensará que se lo está alentando a creer en ensalmos. Y no andará tan equivocado; las palabras de nuestro andar cotidiano no son otra cosa que unos ensalmos desvaídos».

Algunas páginas más adelante, reafirmará que este poder de las palabras depende también del poder que la persona atribuya al médico y la confianza depositada en él, particularmente si este se halla rodeado de un «halo de prestigio». Por cierto, estaba entonces anticipando nada menos que el concepto de transferencia. Respecto del empleo de las palabras, dirá Freud: «Los médicos practicaron tratamiento anímico desde siempre ...» (*Ibid.*, p. 123).

9. Sin embargo, en este caso dudo mucho de que Green estuviera de acuerdo con una propuesta como la mía, al adherir él siempre al concepto de encuadre interno y explayarse con amplitud sobre el mismo.

Y también afirmará: «Las palabras son, sin duda, los principales mediadores del influjo que un hombre pretende ejercer sobre los otros; las palabras son buenos medios para provocar alteraciones anímicas en aquel a quien van dirigidas ...» (*Ibid.*, p. 123).

He traído a colación este notable escrito del creador del psicoanálisis, aunque en principio solo me atreva, desde un autoanálisis, a suponer que al menos yo mismo haya podido sucumbir al poder ensalmador de las palabras, vale decir, me anime a entrever lo que al menos a mí podría haberme sucedido hasta hace muy poco tiempo con las palabras «encuadre» e «interno» y sus resonancias en mi interior. Ahora bien, podemos vislumbrar que algo así pudiera, en cierto grado, haberle sucedido también a otros; pero ello es solo una posibilidad y no cabe, ni mucho menos, una generalización. Me dejo -cómo no, sería muy poco prudente y necio de mi parte no hacerlo- un amplio margen para la duda, por cuanto soy consciente no solo de la aceptación masiva e inmediata que la denominación y la noción en sí misma han alcanzado, así como de su permanencia y -sobre todo- de los destacados autores y seguidores que la emplearon y lo siguen haciendo, por lo que su sustento teórico y utilidad bastarían para poder justificar su éxito. Sé que puede haber muchos que defiendan con fundamentos la elección del término en cuestión y lo consideren un acierto. Pero mantengo mi presunción, por cuanto, si bien somos psicoanalistas, no dejamos de ser antes que nada humanos, quiero decir sensibles (a las pérdidas, a las frustraciones, a las incertidumbres, al desconcierto... ¿eventualmente también al influjo de las palabras, o no?), además de capaces de realizar determinadas transferencias (como los pacientes que mencionaba Freud en 1890 en los vínculos con sus médicos); claro está, en este caso se trata de la relación con algunos de nuestros maestros y colegas a los que valoramos en mucho, que detentan un bien merecido prestigio (el «halo de prestigio» del que hablaba Freud en 1890) y que en más de una ocasión hemos llegado aún a idealizar en alguna medida a lo largo de nuestra trayectoria. Por supuesto, me refiero aquí más concretamente a aquellos que han contribuido a desarrollar y extender el concepto de *encuadre interno*, acudiendo siempre a estas palabras para que otros las escuchen o lean. Me planteo entonces la posibilidad de este efecto-ensalmo que los consabidos términos pudieran haber ejercido hasta ahora en mí, precisamente y sobre todo por proceder además de figuras por las que siento desde siempre reconocimiento y admiración (sentimientos que podríamos considerar forman parte de una transferencia francamente positiva), como es el caso de André

Green, insisto, uno sus más conspicuos difusores, así como el de Alcira Mariam Alizade¹⁰.

A todo esto, cabe recordar a continuación lo que siguió a mi intervención en el *Symposium*. Al tomar la palabra desde el público, alguien –colega, claro está–, quizá en parte en alusión a lo que yo acababa de decir, expresó que la denominación *encuadre interno le encantaba*, destacando implícitamente lo acertado de la misma. ¿Es necesario aclarar que a mí también *aún* me encanta? «Justamente de eso se trata», pensé para mis adentros. *Nos encanta* y quizá por ello también la habríamos adoptado sin hesitar.

Sin ánimo de herir la susceptibilidad de nadie –de hecho, ya ven que yo mismo me incluyo en esta situación–, insisto en la posibilidad de que en ocasiones también nosotros, psicoanalistas, podamos experimentar, como humanos que somos, una suerte de *encantamiento* con algunas palabras, las que, por así decir, pueden llegar a ejercer una influencia «seductora» sobre nosotros y un efecto balsámico.

Es que lo que estaría detrás de esto es, repito, todo lo que hemos perdido con la caída del encuadre, mientras contemplo la posibilidad de que en nuestro interior algunos de nosotros aún lo pudiéramos estar lamentando.

Voy más allá: me parece que estos vocablos y el concepto nos pueden haber producido una suerte de *deslumbramiento*. La definición de deslumbramiento en el *Diccionario* de la RAE, actualizado en el 2019, es: «1. m. Acción y efecto de deslumbrar. 2. m. Turbación de la vista por luz excesiva o repentina. 3. m. Ofuscación del entendimiento por efecto de una pasión».

A su vez, el *Diccionario de la lengua española* Espasa-Calpe (2005) define *deslumbrar* de la siguiente manera: «1. Perder momentáneamente la vista por un golpe de luz inesperado, cegarse. 2. Asombrar, encantar, fascinar».

Quizás entonces la expresión *encuadre interno* tenga aún cierto efecto *deslumbrante*, dicho esto tomando en cuenta las dos acepciones

10. En lo que se refiere a A. Green, una de las figuras más sobresalientes de la comunidad psicoanalítica internacional de nuestro tiempo, debo decir que desde hace muchos años soy un ávido lector de su rica y extensa obra. En el seno de Gradiva Asociación de Estudios Psicoanalíticos (Barcelona), institución de la que formo parte, sus miembros hemos venido profundizado largamente en torno a su pensamiento, asesorados además por distinguidos colegas y grandes conocedores de su obra, muy cercanos a él y que nos han visitado en varias ocasiones, tales como Christian Delourmel, Jaime Luttenberg o César y Sara Botella. En Buenos Aires, durante los años 80, donde yo vivía y ejercía como psicoanalista, además de empezar a leer a Green, tuve ocasión de asistir varias veces a conferencias y supervisiones suyas en la Asociación Psicoanalítica Argentina, así como también en el transcurso de algunos congresos internacionales de la IPA.

fundamentales de este término; esto es, que a la vez que nos *encante* nos *enceguezca*, lo que haría que no podamos ver mejor, de un modo más despejado la realidad de nuestra práctica psicoanalítica en lo que a la técnica se refiere. Una visión no interferida y más atenta de esta realidad conduciría a conocer o reconocer las propuestas teóricas existentes acerca de los procesos psicoterapéuticos que tienen lugar y/o a replantearnos la necesidad de acabar de conceptualizar e implementar cambios necesarios en la teoría de la técnica y en la metapsicología de la cura de estos tratamientos que venimos efectuando desde hace muchos años y que algunos continúan equiparando con demasiada facilidad al método psicoanalítico *per se*.

El trasfondo de la cuestión y sus derivaciones

Es esto, básicamente, lo que desde mi perspectiva personal se insinúa que habría detrás de lo que alcancé a decir en el Symposium; aunque, pensándolo bien, valdría la pena continuar todavía un poco más en la exploración del asunto. Sucede que la probable falta de una adecuada elaboración de lo perdido habría dado muestras de su existencia en otras derivas que no carecen de importancia y que nos conducen a determinados puntos que permanecen como objeto de controversias en las distintas comunidades psicoanalíticas.

De ello devienen, entre otras problemáticas:

- Las sempiternas polémicas en el seno de la IPA acerca del número de sesiones semanales necesarias para avalar la realización del análisis didáctico.
- El siempre vigente debate psicoanálisis-psicoterapias psicoanalíticas; y, correlativamente, ¿hasta qué punto el número de sesiones semanales es importante para determinar si en verdad la labor terapéutica realizable puede o no dar lugar a un proceso analítico, o más bien lo que estamos realizando es a menudo una psicoterapia psicoanalítica?

He aquí lo que tal vez sea el *quid* de la cuestión.

Me ocuparé solo de lo expuesto en la segunda problemática. Antes debo decir que desde hace muchos años vengo tratando el tema (Braier, 1990 a; 1990 b; 1990 c; 2011). Mantengo lo dicho y no he de repetirme. Eso sí, me gustaría decir que figuras destacadas como los citados A. Green (2002/2010, pp. 323-324) y R. H. Etchegoyen (1986/2009, p. 577) se inclinaron –y coincidieron plenamente con ellos en este punto– por diferenciar

el método psicoanalítico de las psicoterapias psicoanalíticas, además de señalar que la frecuencia de las sesiones no es en absoluto un detalle de importancia secundaria. Sé que no soy para nada original al considerar que un cierto número de sesiones semanales resulta una condición necesaria para que se desarrolle un proceso psicoanalítico de acuerdo con los lineamientos fundamentales de la teoría freudiana, con una facilitación de la asociación libre en el analizando, posibilitando la regresión útil, el desarrollo, análisis y resolución de la neurosis de transferencia, la superación de las resistencias, la consecución del *insight* y –sobre todo– la reelaboración. (Braier, 1990 b; 1990c)¹¹.

Antes que nada, es preciso que la cuestión no se vea reducida sin más a la permanencia de una actitud rígidamente ortodoxa. En mi opinión, lo que resulta indubitable es que constituye un auténtico problema teórico-técnico. Es ahora el encuadre determinando las características del proceso y no a la inversa...

Hay que decir también que Alizade, quien, como antes señalé, se ha encargado de enfatizar que el *encuadre interno* no es ningún «comodín» (2002 c, pp. 13-15), ha llegado no obstante a admitir –y muy lúcidamente– entre sus potenciales riesgos lo que figura a continuación: «1. El todo vale y la consiguiente bastardización del psicoanálisis. La idea-comodín de un *encuadre interno* validaría cualquier forma de tratamiento bajo el nombre de psicoanálisis. 2. La facilitación de la sugestión en detrimento de la elaboración» (Alizade, 2002c, p. 14, cursivas mías).

Por tanto, descorder el velo, apartando aunque más no fuera provisionalmente la noción de *encuadre interno*, nos permite desvelar este problema subyacente y nos conduce a la necesidad de reasumir esta ya antigua pero aún necesaria polémica en torno al número de sesiones semanales, así como la de la relación psicoanálisis-psicoterapias; polémicas estas vigentes e importantes, ante controversias que están aún lejos de haber sido dirimidas y que muchas veces son soslayadas debido –presumo, entre otros factores– a que nos enfrentan con una realidad compleja y en definitiva incordiante. De más está decir que nuestro pluralismo científico contribuye grandemente a que nos cueste mucho más arribar a definiciones más consensuadas.

Pero antes de continuar, creo que no deberían quedarnos demasiadas dudas sobre la utilidad de estos replanteos. Green lo refleja con absolu-

11. Aclaro: hablo de una condición necesaria, pero no suficiente. Es obvio que la «marca registrada» de la cura-tipo, la de cuatro o más sesiones semanales + diván –que en «la época de oro» de idealización del psicoanálisis y de su poder terapéutico los pacientes aceptaban como parte del protocolo analítico–, no garantiza por sí sola que lo que tenga lugar sea un proceso psicoanalítico.

ta claridad cuando, aludiendo a los debates acerca de las relaciones entre psicoanálisis y psicoterapias, afirma: «*Estos trabajos no son solo polémicos. Se encuentra en ellos un esfuerzo de elucidación de los fundamentos metapsicológicos del proceso analítico y del encuadre y sus variaciones; se ve surgir ideas nuevas, como la del “encuadre interno del analista”*» (Green y Urribarri, 2013/2015b, p. 106, cursivas del autor).

Como he señalado tiempo atrás (Braier, 1990a, p. 16), han sido los analistas estadounidenses los que más se han venido ocupando de efectuar un estudio comparativo del tratamiento psicoanalítico con las psicoterapias de orientación psicoanalítica, procurando definir tanto sus analogías como sus diferencias. La historia se remonta a los años cuarenta, al menos desde que el húngaro F. Alexander, junto a T. French y otros profesionales del Instituto de Psicoanálisis de Chicago, publicaran *Terapéutica psicoanalítica* (Alexander y French, 1946/1965), con prólogo a la versión castellana a cargo de Enrique Pichon-Rivière. Alexander publicaría ese mismo año además *Psicoanálisis y psicoterapia* (Alexander, 1946/1960). Entre las numerosas contribuciones provenientes de ese país cabe además mencionar las de R. S. Wallerstein (1969; 1972; 1989; 1991; 1993; 1997; R. S. Wallerstein y K. DeWitt, 1997), O. Kernberg (1993; 1999; Kernberg *et al.*, 1972), M. Gill (1954; 1984), así como las del vienés E. Bibring (1954) y las de L. Rangell (1981).

Más recientemente existe una cantidad estimable de aportes a la bibliografía sobre el tema proveniente de diversos países, entre los que citaré los de J. Sandler (1982), C. Paniagua (2003/2016) y H. Kächele (2010).

Asimismo, ya en el pasado siglo se efectuaron mesas redondas sumamente interesantes, entre las que se encuentran las de la Asociación Psicoanalítica Americana (Rangell, 1954), la que integraron Adler, Garma y otros (1970) y la de Galli, Lancelle y otros en Buenos Aires (1998)¹².

Cabe tener presente que varios de los autores que vengo mencionando en relación con la temática psicoanálisis-psicoterapias, concretamente Rangell, Wallerstein, Kernberg y Etchegoyen, han sido presidentes de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y que desde este cargo me consta que algunos, como Kernberg (2001), se han además involucrado activamente en esta problemática, abogando porque en los institutos de psicoanálisis se enseñe a los candidatos las técnicas de las psicoterapias psicoanalíticas. A Kernberg le escuché expresar su posición públicamente durante

12. Por mi parte, mi dedicación al tema se remonta a los años 80, habiendo presentado algunos artículos al respecto (Braier, 1981b; 1982; 1985), que incidieron para que, en 1989, junto a L. Góijman y M. Guiter, fuese invitado a integrar un panel en la APA que versaba sobre el mismo (Braier, Góijman y Guiter, 1989).

el congreso de la IPA de 2001, siendo por entonces presidente de esta, pero en 1999 ya había escrito lo siguiente: «En mi opinión, la enseñanza sistemática de la psicoterapia psicoanalítica en los cursos avanzados ofrecidos en los institutos psicoanalíticos proporcionaría al psicoanalista en formación una mayor flexibilidad en su técnica..., poniendo fin a la contradicción problemática existente en muchos lugares entre el aprendizaje de la técnica del psicoanálisis estándar y el predominio de la psicoterapia sobre el trabajo psicoanalítico propiamente dicho en la práctica clínica de nuestros candidatos y graduados» (Kernberg, 1999, p. 1088, citado y traducido por C. Paniagua, 2003/2016).

Comparto plenamente esta postura de Kernberg, expresada asimismo de manera categórica en una larga entrevista que tuvo lugar en Buenos Aires. Además, entre otras cosas, señalaba en esa oportunidad lo que ya venía sucediendo en el plano internacional: «... la práctica profesional de los psicoanalistas es una mezcla de psicoanálisis y psicoterapia, lo que ha creado desarrollos y progresos e interesantes problemas nuevos» (Kernberg, 1998, p. 409).

A su vez, en 2002, Green se pronunciaría de manera concluyente sobre esta cuestión: «... la psicoterapia debería ser parte integrante de la formación psicoanalítica y enseñarse junto al psicoanálisis clásico o modificado. Esta opción divide mucho todavía a las instituciones psicoanalíticas que consideran que la formación de psicoterapeutas debe estar fuera de la formación psicoanalítica, solución a la que me opongo rotundamente... La enseñanza de la psicoterapia impartida en los institutos de formación debe tener como meta acercarse lo más posible a los métodos y objetivos de la cura *cuando la aplicación del encuadre psicoanalítico se muestre inapropiada o imposible*» (Green, 2010/2002, p. 324, cursivas mías).

Mientras a mi entender y a nivel internacional, desde hace ya décadas, la inmensa mayoría de los tratamientos que los psicoanalistas y candidatos realizan son psicoterapias psicoanalíticas individuales, es a todas luces paradójico que su técnica no sea enseñada en muchos de los institutos de psicoanálisis de las asociaciones de la IPA, debiendo ser aprendida fuera de ellas cuando, por otra parte, solo un profesional con una sólida formación psicoanalítica está capacitado para ejercer estas terapias, derivadas del cuerpo teórico psicoanalítico y que extraen sus principales recursos terapéuticos del método psicoanalítico *sensu stricto*.

Al respecto, en un artículo de 2003, C. Paniagua (2003/2016) nos decía que en la mayor parte de los institutos de Europa y América seguían sin impartirse seminarios sobre psicoterapia. Desconozco si en el momento actual esta situación se mantiene así o ha variado en alguna medida.

En el mismo artículo señala también Paniagua: «... son muchos los analistas que mantienen que los pacientes “capaces de trabajar analíticamente” pueden hacer psicoanálisis de una sesión por semana.... Estos suelen ser los autores partidarios de la postura resumida en el pronunciamiento tautológico de Sandler (1982, p. 44) de que “el psicoanálisis es aquello que practican los analistas”. Evidentemente, este posicionamiento implica la anulación de las diferencias entre las psicoterapias dinámicas y el psicoanálisis (véase también Gill, 1982; 1988). Kächele, en su investigación de cientos de casos, halló que el análisis de la transferencia en tratamientos de una sesión por semana no resultó productivo...».

No podría asegurarlo, pero al parecer pudo haber sido Winnicott quien emitió una opinión en algún punto semejante a lo dicho por Sandler, en cuanto a que un psicoanalista, puesto a abordar terapéuticamente a un sujeto, solo podría hacer... psicoanálisis. Creo que esto es muy relativo y según cómo se vea; *a priori* requeriría al menos alguna aclaración. A mí me parece demasiado simplista, como si *solo pensar* –el analista– *psicoanalíticamente* fuese suficiente para calificar como psicoanálisis (método psicoanalítico) un tratamiento, aun cuando además se utilice eventualmente la interpretación, sin tener en cuenta todos los fenómenos que integran un proceso psicoanalítico. Es una postura extrema, de la que Kernberg dice: «Yo creo que esto es una ilusión y que son análisis tan diluidos que son solo sombras de lo que es el análisis» (Kernberg, 1998, p. 422).

Por su parte Etchegoyen opinaba lo siguiente: «Los tratamientos de una o dos veces por semana no alcanzan por lo general a configurar un proceso analítico, *aunque así se lo llame*. Tiendo a creer que, en esos casos, el analista cree, sin duda de buena fe, que está haciendo un análisis, pero el proceso exhibe los caracteres de la psicoterapia...» (Etchegoyen, 2009/1986, p. 577, cursivas mías).

Vuelvo al artículo de Paniagua (2003/2016). Allí su autor se ocupa seguidamente de adherir a la descripción de que existe una división de los analistas en dos tendencias. Escribe: «... los analistas que creen estar siempre practicando psicoanálisis, independientemente del encuadre o la frecuencia de las sesiones, y la de aquellos que creen que la psicoterapia y el análisis implican diferentes procesos y técnicas».

Y añade de inmediato: «Mi tesis sería la de que, si bien en las situaciones clínicas el analista nunca deja de pensar analíticamente, el psicoanálisis propiamente dicho puede –y debe– distinguirse de la psicoterapia».

No puedo estar más de acuerdo con esta opinión.

Me tiento transcribir otro párrafo del artículo de Paniagua, bajo el riesgo de pasar por alarmista, pero es que me parece algo que hemos de

tener muy seriamente en cuenta. Continúa diciendo Paniagua: «... incluso aquellos analistas que no piensan practicar la psicoterapia en su vida profesional –un número decreciente, por fuerza– han de saber cuándo referir un paciente a tratamientos menos ambiciosos que un análisis. En 1991, Wallerstein llamó a la profesión psicoanalítica “una especie en peligro de extinción”. La adaptación de nuestros conocimientos y técnicas a las cambiantes circunstancias y demandas clínicas es no solo testimonio de racionalidad, sino también una cuestión de supervivencia profesional».

Cerca del final de su artículo, sostiene nuestro autor: «... Resumiendo, se debe enseñar principios y técnicas de psicoterapia en los institutos psicoanalíticos porque: 1) actualmente, la mayor parte de los pacientes que acuden a nuestras consultas –sobre todo a las de los colegas más jóvenes– requerirán terapia y no análisis; 2) la psicoterapia y el psicoanálisis deben ser diferenciados en cuanto a técnicas y objetivos».

No sin ironía y con una pretendida intención de darle un toque de humor al asunto, suelo referirme a estas terapias psicoanalíticas como «las psicoterapias nuestras de cada día». Pese a todo, esto no es una tragedia, desde luego, pero simplemente la situación no es la misma en lo que a objetivos, técnica y alcances terapéuticos se refiere. No. Las posibilidades de lograr una profunda reestructuración metapsicológica en el analizando no son, no pueden comúnmente ser las mismas. Más, si así lo preferimos, podemos llamarle a esta práctica psicoanálisis (de la posmodernidad), técnica psicoanalítica contemporánea o con otros nombres, capaces de borrar de nuestra mente tales cuestionamientos y diferenciaciones. De hecho, no son pocos los analistas que no encuentran diferencias entre el método psicoanalítico y las llamadas psicoterapias psicoanalíticas, concibiendo que se trata de un *continuum*. Entre ellos destacan los de formación francesa. Naturalmente, supongo que ello ha de conferir cierta tranquilidad, o aun reconfortar. Respeto esta opinión, pero obviamente no la comparto. Y reitero que personalidades como las de Green y Etchegoyen tampoco estaban de acuerdo con ella, como no lo están Kernberg ni Paniagua, entre muchos otros.

Viene al caso aclarar además que desde los años setenta del pasado siglo estoy bregando porque, junto al empleo del método psicoanalítico, de indudable elección para el tratamiento de las neurosis y los trastornos de la personalidad, se desarrollen y empleen paralelamente psicoterapias psicoanalíticas, que en parte remiten a lo que el padre del psicoanálisis alguna vez llamó las «psicoterapias para el pueblo» (Freud, 1919/1979, p. 163). Estas se basan en las herramientas principales del método psicoanalítico, aunque sin llegar a reunir las condiciones requeridas por este para,

por ejemplo, un análisis intensivo de las transferencias y las resistencias, verdaderos pilares de la teoría de la técnica (Braier, 1981b; 1982; 1985). Es que tampoco tengo dudas de la eficacia que pueden alcanzar estas psicoterapias psicoanalíticas. De hecho, me cuento entre los primeros autores de habla hispana en haber expuesto algunos desarrollos que convaliden la aplicación de determinadas técnicas de psicoterapia de orientación psicoanalítica, como lo son las focales, de objetivos y tiempo limitados, proponiendo un modelo teórico de foco terapéutico (Braier, 1981a). Ello me valió no pocas objeciones (es una manera suave de decirlo), aunque también entusiastas adhesiones.

Conclusiones

Me centraré en lo que considero es un aspecto muy importante y que forma parte del meollo de la cuestión que he expuesto a lo largo de este trabajo.

Desde siempre he estado persuadido de que la equiparación/ indiscriminación entre el proceso psicoanalítico (aunque a su vez este admita perspectivas muy disímiles, freudianas, kleinianas, winnicottianas, etc.) y otros procesos, psicoterapéuticos y de raigambre psicoanalítica, es algo que si nos detenemos a examinar desde un punto de vista procesal *no se sostiene* (a menos que el analista en cuestión posea una orientación lacaniana, por la que podrá eventualmente argumentar con fundamentos desde esta que no encuentra diferencia alguna). No obstante, persisten, según mi criterio –y sé que aún hoy en día es comprometido afirmarlo– por parte de numerosos sectores de la comunidad psicoanalítica, pertenezcan o no a la IPA, *una desmentida de la diferencia...* (Freud *dixit*, si bien en este caso se trataría de la diferencia de los procesos, que no de los sexos), junto a una cierta subestimación y hasta un cierto ocultamiento del problema.

De hecho, claro está, estas psicoterapias psicoanalíticas *son una realidad*, quiero decir que se llevan a cabo por parte de todos o casi todos los analistas, pero en un cierto porcentaje ello acontece sin que exista tal reconocimiento de las diferencias y, consecuentemente, sin una conceptualización teórica más rigurosa que acompañe, fundamente y refuerce dicha práctica, pese a que a estas alturas contamos ya con una larga tradición en materia de producciones bibliográficas acerca de estas psicoterapias.

Nos olvidamos a menudo de la propuesta freudiana de «... adecuar nuestra técnica a las nuevas condiciones» (Freud, 1919/1979, p. 163).

Ante la incertidumbre que invade a muchos en cuanto a que si lo que estamos haciendo es o no psicoanálisis, suele entrar en juego un temor a la pérdida de la propia identidad psicoanalítica, cuando en rigor no tendría por qué ser así. Pienso que de ningún modo en tales circunstancias estamos dejando de ser psicoanalistas; simplemente lo que entonces hacemos es ampliar nuestros recursos terapéuticos con técnicas derivadas del cuerpo teórico psicoanalítico y herramientas técnicas provenientes del tratamiento psicoanalítico propiamente dicho, al que siempre estaremos dispuestos a emplear toda vez que esté indicado y su realización sea posible.

Apéndice

En realidad, se trata de lo que mi memoria me ha permitido rescatar de aquella intervención. Habiendo pasado ya varios meses del *Symposium*, y al no contar con una grabación, temo omitir o deformar en alguna medida lo que dije en esa oportunidad. De esto suceder, espero sepan disculparme.

SUMMARY*

The crisis of the classical setting and the rise of the internal setting

Several reflections are set forth deriving from a brief address of the author in the recent APM *Symposium* ("Setting/s", 2019). In that lecture it was suggested the possibility that in the success and permanence of the concept, and above all of the term *internal setting*, rising in parallel with the decline of the classical setting, there may be an influence from the need to deny or dismiss the loss involved, as the (external) setting offers the necessary conditions for the application of the psychoanalytical method *stricto sensu*. Beyond the indisputable usefulness of the analyst's internal setting components as resources to cope with the most diverse and adverse changes in the setting, the author ponders the possibility that this concept and denomination may be operating to a certain extent among some psychoanalysts as a «psychic fetish» that enables the dismantling of the classical setting and its negative consequences.

In the background of the problem they would remain, among other issues, the old psychoanalysis-psychotherapy debate and the difficulty

* Traducido por Moisés Martín.

to acknowledge that the immense majority of the treatments that we the psychoanalysts have undertaken for several decades may be considered psychoanalytic psychotherapies, falling short of being true psychoanalytic processes.

Key words:

Setting. Internal setting. Psychoanalysis. Psychoanalytic method. Psychoanalytic psychotherapies.

RÉSUMÉ**

La crise du cadre classique et l'expansion du cadre interne

Ces quelques réflexions présentées, proviennent d'une brève intervention de l'auteur lors du récent *symposium* de l'APM («Cadre/s», 2019). L'intervention a suggéré la possibilité que le succès et la permanence du concept et surtout de la dénomination *cadre interne*, qui sont apparus en même temps que la chute du cadre classique, puissent être en partie influencés par la nécessité de nier ou de rejeter la perte que cela entraîne, tandis que le cadre (externe) fournit les conditions nécessaires à l'application de la méthode psychanalytique *stricto sensu*. Au-delà de l'utilité incontestable des composantes du *cadre interne* de l'analyste comme ressources pour faire face aux changements les plus variés et les plus défavorables du cadre, l'auteur considère la possibilité que le concept et la dénomination puissent fonctionner dans une certaine mesure chez certains psychanalystes comme un «fétiche psychique» qui permet de nier le démantèlement du cadre classique et ses conséquences négatives.

À l'arrière-plan du problème subsisteraient, entre autres, la vieille controverse psychanalyse-psychothérapie et la difficulté de reconnaître que la grande majorité des traitements que nous, analystes, faisons depuis des décennies pourraient être considérés comme des psychothérapies psychanalytiques, ne pouvant constituer un processus psychanalytique authentique.

Mots-clé:

Cadre. Cadre interne. Psychanalyse. Méthode psychanalytique. Psychothérapies psychanalytiques.

** Traducido por Charlyne Verrier.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, M.; Garma, Á.; Gumbel, E.; Joseph, E.; Luquet, P.; Main, T., *et al* (1970). Psychoanalysis and psychotherapy, *International Journal of Psychoanalysis*, 51, 219-231.
- Alexander, F. (1960). *Psicoanálisis y psicoterapia*. F. López Cruz (trad.). Buenos Aires: Psique. (Publicado originalmente en 1946).
- Alexander, F. y French, T. (1965). *Psychoanalytic Therapy: Principles and Applications*. Nueva York: Ronald Press. *Terapéutica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. (Publicado originalmente en 1946).
- Alizade, A. (1982). *El encuadre interno* (inédito).
- Alizade, A. (1997). Pensando la clínica y la psicopatología actuales. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 22, 43.
- Alizade, A. (1999). El encuadre interno (lo que hay que tener). *Enigmapsi*. Recuperado de: <http://www.enigmapsi.com.ar/encuadreint.html>
- Alizade, A. (2002a). El encuadre interno: nuevas aportaciones. En *Primer Encuentro Sociedad Psicoanalítica de París (SPP)-Asociación Psicoanalítica Argentina (APA)*. París: SPP.
- Alizade, A. (2002b). El encuadre interno. En *XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica*. Montevideo: Fepal. Recuperado de: http://www.fepal.org/images/congreso2002/adultos/alizade_a_m__el_encuadr.pdf
- Alizade, A. (2002c). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Alizade, A. (2009). Cuestionario: Encuadre y dispositivo psicoanalítico. *Topía*. Recuperado de: <https://xxx.topia.com.ar>
- Avenburg, R. (2004). Sobre el encuadre en psicoanálisis. *Psicoanálisis AP-deBA*, 36, 1, 25-30.
- Bibring, E. (1954). Psychoanalysis and the dynamic psychotherapies. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2, 745-770.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis de la APA*, 24(2), 241-258.
- Bolognini, S. (2020). ¿Por qué cambia la práctica del psicoanálisis contemporáneo? En *Quinto Encuentro de Psicoanalistas de Lengua Castellana. La práctica psicoanalítica en la actualidad*. Madrid.
- Braier, E. (1981a). *Psicoterapia breve de orientación psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braier, E. (1981b). Por los caminos del psicoanálisis. En *XI Congreso Interno de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Caminos de la terapia psicoanalítica. Pasado, presente y futuro*. Buenos Aires.

- Braier, E. (1982). Las psicoterapias derivadas del psicoanálisis. En *XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina*. Buenos Aires.
- Braier, E. (1985). *Proceso psicoanalítico, procesos psicoterapéuticos y el número de sesiones semanales*. Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Braier, E. (1990 a), Introducción. En *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura* (pp. 15-22). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braier, E. (1990 b). Proceso psicoanalítico. En *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura* (pp. 93-117). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braier, E. (1990 c). El número de sesiones semanales: ¿factor esencial o contingente en el proceso psicoanalítico? En *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura* (pp. 119-136). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braier, E. (1990 d). Sobre la neutralidad técnica. En *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura* (pp. 169-189). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braier, E. (2011). ¿Psicoanálisis y/o psicoterapia? *Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, 5, 11-19.
- Braier, E. (2016). La neutralidad analítica. Segunda parte: su abandono temporario o permanente. *Clave Psicoanalítica, Enclave*, 9, 6-20.
- Braier, E.; Goijman, L. y Guiter, M. (1989). ¿Qué hace que una psicoterapia sea o no un psicoanálisis? Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Donnet, J. L. (1973). Le divan bien tempéré. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 8, 23-50.
- Etchegoyen, R. (2009). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. [Publicado originalmente en 1986].
- Etchegoyen, R.; Caso de Leveratto, B; Chteinberg de Neuman, V.; Dimov, J.; Ferro, G., Grillo de Rimoldi, E. y Retondano, R. (2016): *Tango y psicoanálisis... Psicoanálisis y tango*. Buenos Aires: Marcelo H. Oliveri.
- Ferrando, J.; Alonso Pérez, A.; Fernández, C.; Play, V.; Rivoil, G.; Santa Cruz, P.; et al. (1992). *Cuando el encuadre no cuadra. El trabajo psicológico en la marginación*. Montevideo: Roca Viva.
- Freud, S. (1979). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En *Obras completas* (vol. 17, pp. 151-163). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Redactado originalmente en 1918, publicado originalmente en 1919).
- Freud, S. (1980 a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (vol. 12, pp. 107-119). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 1912).

- Freud, S. (1980 b). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En *Obras completas* (vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 1913).
- Freud, S. (1981). Las neuropsicosis de defensa. En *Obras completas* (vol. 3, pp. 41-61). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 1894).
- Freud, S. (1982). Tratamiento psíquico (tratamiento del alma). En *Obras completas* (vol. 1, pp. 113-132). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 1890).
- Galli, V.; Lancelle, G.; Nepomiachi, R. y Raitzin de Vidal, I. (1998), Mesa redonda sobre psicoanálisis y psicoterapias. *Psicoanálisis APdeBa. Psicoanálisis, Psicoterapia- Psicoanálisis*, 20, 195-222.
- Gill, M. (1954). Psychoanalysis and exploratory psychotherapy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2, 771-797.
- Gill, M. (1982). Analysis of transference. Volume I. *Theory and Technique*. Nueva York: International University Press.
- Gill, M. (1984). Psychoanalysis and psychotherapy: a revision. *International Review of Psychoanalysis*, 11, 161-179.
- Gill, M. (1988). Converting psychotherapy into psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 24, 262-274.
- Green, A. (2000). Mythes et réalités sur le processus psychanalytique. *Revue française de psychosomatique*, 19, 1, 75-95.
- Green, A. (2010). La crisis del entendimiento psicoanalítico. En *El pensamiento clínico* (pp. 313-327). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 2002).
- Green, A. (2011). Los casos límite y el psicoanálisis contemporáneo: del desafío clínico a la complejidad teórica. Entrevista a A. Green realizada por Fernando Urribarri. *Actualidad Psicológica*, 400.
- Green, A. (2012). El encuadre psicoanalítico: su interiorización en el analista y su aplicación en la práctica. *Revista de Psicoanálisis de la APA*, 69(1), 1-24.
- Green, A.; Urribarri, F. (2012). La clínica contemporánea y el encuadre interno del analista. Diálogo de Fernando Urribarri con André Green. *Revista de Psicoanálisis de la APA*, 69(1), 25-39.
- Green, A.; Urribarri, F. (2015a). El pensamiento clínico. Renovar los fundamentos de la técnica: el encuadre externo y el encuadre interno. En A. Green y F. Urribarri, *Del pensamiento clínico al paradigma contemporáneo. Conversaciones* (pp. 73-91). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 2013).

- Green, A.; Urribarri, F. (2015b). Llevar la muerte en sí mismo. La madre muerta y los desafíos de la destructividad en las estructuras no neuróticas. En A. Green y F. Urribarri, *Del pensamiento clínico al paradigma contemporáneo. Conversaciones* (pp. 103-124). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 2013).
- Green, A.; Urribarri, F. (2015c). La construcción del psicoanálisis contemporáneo (1960-2011). Hacia un nuevo paradigma. En A. Green y F. Urribarri, *Del pensamiento clínico al paradigma contemporáneo. Conversaciones* (pp. 125-155). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 2013).
- Kächele, H. (2010). Distinguishing psychoanalysis from psychotherapy. *The International Journal of Psychoanalysis*, 91, 35-43.
- Kernberg, O. (1993). Convergences and divergences in contemporary psychoanalytic technique. *The International Journal of Psychoanalysis*, 74, 659-673.
- Kernberg, O. (1998). Entrevista a Otto Kernberg. Realizada por E. Alba, N. Helman y Amalia T. de Zirlinger. *Revista Psicoanálisis APdeBA*, 20(2), 407-427.
- Kernberg, O. (1999). Psychoanalysis, psychoanalytic psychotherapy and supportive psychotherapy: contemporary controversies. *The International Journal of Psychoanalysis*, 80, 1075-1091.
- Kernberg, O. (2001). Palabras del presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, O. Kernberg. 42.º Congreso de la IPA. *Psicoanálisis. Método y aplicación*. Niza.
- Kernberg, O.; Burstein, E.; Coyne, L. (1972). Psychotherapy and psychoanalysis: Final report of the Menninger Foundation's Psychotherapy Research Project. *Bulletin of the Menninger Clinic*, 36(1/2), 1-275.
- Kernberg, O.; Israel, P.; Jiménez, J. P. y Gojman L. (1999). La psychanalyse et la psychothérapie. *Newsletter IPA*, 8(1), 14-25.
- Paniagua, C. (2016). A favor de la enseñanza de la psicoterapia en los institutos psicoanalíticos. *Aperturas psicoanalíticas*, 52. Recuperado de: <https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=929>
- Rangell, L. (1954). Similarities and differences between psychoanalysis and dynamic psychotherapy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2, 734-744.
- Rangell, L. (1981). Psychoanalysis and dynamic psychotherapy: Similarities and differences twenty-five years later. *Psychoanalytic Quarterly*, 50, 665-693.
- Reik, T. (1987). En el principio es el silencio. En J. D. Nasio (comp.), *El silencio en psicoanálisis* (pp. 21-26). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Publicado originalmente en 1926).

- Sandler, J. (1982). Psychoanalysis and psychotherapy. En E. D. Joseph y R. S. WaBerstein (eds.), *Psychotherapy: Impact on Psychoanalytic Training*. International Psychoanalytic Association, Monografía n.º 1. Nueva York: International University Press.
- Wallerstein, R. & DeWitt, Kathryn (1997). Modos de intervención en psicoanálisis y en psicoterapias psicoanalíticas: una clasificación revisada. En J. Ahumada (comp.) et al., *Las tareas del psicoanálisis. Ensayos en honor de R. Horacio Etchegoyen* (pp. 114-143). Buenos Aires: Polemos.
- Wallerstein, R. (1969). Introduction to the panel on psychoanalysis and psychotherapy. *The International Journal of Psychoanalysis*, 50, 117-126.
- Wallerstein, R. (1972). *Las nuevas direcciones de la psicoterapia. Teoría, práctica, investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Wallerstein, R. (1989). Psicoanálisis y psicoterapia: una perspectiva histórica. En *Libro Anual de Psicoanálisis* (pp. 299-326). Monterrico, Lima.
- Wallerstein, R. (1991). The future of psychotherapy. *Bulletin of the Menninger Clinic*, 55, 421-443.
- Wallerstein, R. (1993). The effectiveness of psychotherapy and psychoanalysis: Conceptual issues and empirical work. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 41, 299-312.
- Wallerstein, R. (1997). Resultados del psicoanálisis y de la psicoterapia en la terminación y en el desarrollo. En A. Wagner (comp.), *Psicoanálisis y ciencia* (pp. 85-124). Buenos Aires: Dunken.
- Winnicott, D. W. (1993). Importancia del encuadre en el modo de tratar la regresión en psicoanálisis. En L. Wolfson (trad.), *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp. 122-129). Buenos Aires: Paidós. (Publicado originalmente en 1964).
- Zac, J. (1971). Un enfoque metodológico del establecimiento del Encuadre. *Revista de Psicoanálisis de APA*, 28(3), 593-610.